

Dios por haberlos salvado de tan gran riesgo, comprendieron era necesario dar un golpe decisivo, para acabar de una vez aquella campaña. Isabel llevada sin embargo siempre de aquel superior sentimiento de piedad que brillaba en todas sus acciones, suplicaba á su esposo de nuevo que se intimara otra vez á los moros la rendicion; pero la altivez del Zegrí quitó la última esperanza á su benignidad; y empezadas tras esto con mayor furia las hostilidades, prometia Hamet á los malagueños próxima y completa victoria armado de una bandera blanca que le habia presentado un fanático dervís, y aproximaban los cristianos sus estancias á la ciudad estrechando cada vez mas el círculo de hierro con que la oprimian.

La voladura de una de las cuatro torres que defendian un puente, facilitó la victoria. Hamet al ver tan cerca de la plaza los estandartes cristianos, comprende que no hay mas medio de salvacion que fiarlo todo á un combate decisivo, y al frente de sus desesperados gomeles y acompañado del dervís, en cuya diestra ondeaba la bandera santa, sale de la ciudad como desatado torrente; abre ancho portillo en las trincheras; arrolla las estancias del maestre de Alcántara, penetra en el real, y empeñase la mas terrible lid de cuantas presenciaron los campos malagueños. Pero en vano es luchar contra los decretos de la Providencia: la suerte de Málaga como la de todo el Islam estaba decidida: cae el dervís y con él su bandera: el inútil heroismo de Hamet no puede reprimir el terror que con esto se apodera de sus soldados; y escapando á duras penas en medio de una espesa lluvia de dardos, saetas y balas que sobre él arrojan los cristianos, vuelve vencido á Málaga, cuyos habitantes abren por fin las puertas de la ciudad á los reyes católicos, encerrándose el indomable Hamet casi solo, pero altivo siempre, en el castillo de Gibralfaro.

La obstinada resistencia de los malagueños tenia tan irritados los ánimos en el campamento cristiano, que no faltaron capitanes que propusieran se entrase la ciudad á sangre y fuego. Opúsose la reina á tan sanguinaria proposicion, diciendo que no permitiria nunca que sus victorias se empañaran con tales actos de crueldad, y conten-

tándose con recibir en rehenes veinte nobles y moros principales, pasó el comendador de Leon á posesionarse de la ciudad, haciendo los reyes en ella su entrada solemne el veinte de Agosto de 1487, siendo su primer cuidado dar gracias á Dios en la mezquita principal purificada y convertida en templo cristiano, y abrir las puertas de su prision á mas de seiscientos cristianos, que despues de muchos años de cautividad se presentaban á sus Reyes, estenuados, cubiertos los enjutos cuerpos de miserables harapos, y las carnes magulladas por los hierros. Lágrimas de inconcebible alegría derramaban aquellos desgraciados, que no sabiendo cómo manifestar su gratitud á sus libertadores, hubiéranse arrojado á sus piés, si la reina trémula de emocion no los recibiera en sus brazos.

Hamet-el-Zegrí entretanto aprisionado por los mismos á quienes tan heroicamente habia sostenido, era llevado al castillo de Carmona; que asi corresponden con harta frecuencia los mismos que ayer halagaban al poderoso, cuando le ven abandonado por la fortuna.

Con la conquista de Málaga se acercaba el completo desenlace de aquel gigantesco drama de siete siglos. Isabel y Fernando atendiendo á todo, pasaron á Aragon poco despues de terminada la conquista, ya para que aquel reino reconociese por heredero de la corona al príncipe D. Juan, ya para reformar la administracion de la justicia y de la hacienda, ya para conseguir nuevos subsidios destinados á la guerra de Granada, y despues de obtenerlos, de alcanzar igual resultado en Valencia y de contestar dignamente á pretensiosas proposiciones del rey de Francia, al comenzar el verano de 1488 dispusiéronse de nuevo á la campaña, que no habian de terminar mientras un solo estandarte infiel ondease sobre los minaretes musulmanes.

Permaneciendo Doña Isabel en Murcia, encargada de todo lo concerniente á la administracion de sus vastos dominios, D. Fernando comenzó de nuevo la guerra, y despues de un año de varias tentativas con mas ó menos fortuna, empeñóse en el cerco de Baza, ciudad considerable y la mas importante del pequeño reino en que imperaba el Zagal. Mediaba en esto la primavera de 1489; y mientras el ejército

compuesto de trece mil caballos y cuarenta mil infantes dirigiese á Baza, la Reina fijaba su residencia en Jaen, como el punto mas á propósito para mantener comunicaciones con el ejército. Iba D. Fernando resuelto á no levantar mano de aquella empresa hasta que las enseñas de Aragon y Castilla tremolasen unidas sobre los adarbes sarracenos; é intimando al príncipe Cidi-Yahya, á quien habia confiado el Zagal, su deudo, la defensa de la plaza, obtuvo solo esta respuesta: «No para dárosela sino para defenderla de vuestro poderío he recibido las llaves «de esta ciudad y de sus castillos;» digna contestacion que marcaba sin embargo la señal de una lucha, no menos heroica y sostenida que la de Málaga. El sitio continuado con el mismo brio, daba motivo cada dia para nuevas hazañas: el campamento cristiano provisto de cuanto necesitaba por el celo y actividad de la Reina, estaba convenientemente pertrechado para no levantar sus tiendas hasta que consiguiera la victoria. Admira ver la actividad de aquella ilustre princesa, que haciendo abrir caminos por sitios intransitables, tenia en constante movimiento hasta catorce mil acémilas que conducian cuanto necesitaba el campamento. Cuando le faltaban recursos, vendia sus aderezos y vajillas para atender á la manutencion de sus guerreros, y las damas de su corte, siguiendo su ejemplo, no vacilaban en desprenderse tambien de sus mejores joyas para contribuir al éxito de la empresa. Al llegar sin embargo el invierno, las lluvias que sobrevinieron en abundancia, acompañadas de fuertes vendabales, dejando casi incomunicado el campamento, inundadas las estancias, abatidas las tiendas, derribadas las frágiles techumbres de los aposentamientos que habia mandado el Rey edificar, significando así su decision de no abandonar la empresa, empezaron á introducir el desaliento en el ejército sitiador, y hubo instantes en que, hasta el mismo Rey, sintió vacilar su firme decision. Pero en tales y tan extremos trances y conflictos habia siempre un genio tutelar que velaba por los defensores de la fé y acudia á fortalecerlos y á salvarlos. Este genio era la Reina Isabel, que penetrada de la apurada situacion de sus guerreros, allegó recursos, montó á caballo, y seguida de su hija y de las damas y caballeros de

su séquito, cruzando con ánimo varonil colinas y montañas, «llegó al «campamento, como escribió un testigo de vista de aquellas hazañas<sup>1</sup>, «circundada de un coro de ninfas que parecian venir á celebrar las «bodas de su hija; su presencia nos llenó de júbilo, y reanimó nuestros «espíritus que desfallecian bajo el peso de tan continuados peligros, «vigilias y fatigas.» El Rey se adelantó á recibir á su esposa acompañado del marqués de Cádiz, del gran almirante y de otros señores, y el 7 de Noviembre descansaba ya Doña Isabel en el campamento, y recibia Cidy-Yahya nuevo mensaje para que rindiese la ciudad, inspirado por el deseo que siempre manifestó Doña Isabel de evitar en lo posible el derramamiento de sangre.

Tres dias despues de la llegada de la Reina, y en una mañana apacible y clara, recorrió la ilustre princesa el campo, cuyos guerreros todos, luciendo sus mejores trages y armaduras, recibian entusiasmados la regia visita. Tendidas al viento las enseñas y banderas de las mesnadas y consejos, poblado el aire con músicas, aclamaciones y vítores, presentóse Isabel á caballo y recorrió las filas de sus combatientes con aire magestuoso y gentil continente. Dirigióse la comitiva hácia las colinas occidentales que dominan la ciudad, é hizo alto en las estancias del marqués de Cádiz allí colocadas: quiso la Reina dirigirse desde aquel parage á las posiciones del Norte, y el de Cádiz advertido de su deseo, hizo entender á Cidi-Yahya, por medio de un intérprete, que la Reina deseaba ver las obras del sitio, y que no siendo propio de caballeros insultar á tan alta señora, pedia suspension de hostilidades. No faltaron capitanes alpujarreños que, rudos é intransigentes, quisieran atacar á la real comitiva; pero Cidi-Yahya dando noble muestra de galantería, salió al frente de sus escuadrones, con banderas desplegadas y músicas marciales, y desfiló ante Doña Isabel, haciendo luego para mas obsequiarla un simulacro de combate á la morisca, terminado lo cual se retiró con sus guerreros, saludando cortésmente á la Reina.

<sup>1</sup> Pedro Mártir. Opus epistolarum.

Noble conducta que habla muy alto en favor de aquella raza, con tanta injusticia calificada de bárbara, hasta hace poco tiempo.

La presencia de Isabel, como dice el historiador granadino <sup>1</sup>, citando á Pulgar, fué un iris de paz que trastornó completamente el ánimo de los moros; desde aquel instante no se volvió á derramar una gota de sangre, ni una lágrima: cesaron las esplosiones de pólvora; acabaron las escaramuzas y desafíos, mitigáronse los rigores de la guerra y sucedió una calma, precursora de capitulaciones honrosas. El denodado cuanto discreto hijo de Zelim, rendia su espada y con ella la ciudad á los piés de Isabel I, la cual recibéndola magnánima y generosa, encadenaba de tal modo su voluntad, que le convertia en uno de sus mas leales servidores. El viejo Muley-Audalla, en cuyo poder estaban aun las ciudades de Guadix y Almería con todas sus tierras y castillos, oyendo los consejos del príncipe, sometíase á los reyes y se reconocia su vasallo. El imperio del Islam quedaba reducido al territorio de Granada, donde el desdichado Boabdil conservaba una sombra de soberanía. En breve tendrá que abandonarla tambien y los reyes católicos habrán conseguido terminar en la alhambra granadina, la gigante obra de la restauracion comenzada en Covadonga.

Al empezar la primavera de 1490, partia el rey católico contra Granada, al frente de cinco mil caballos y veinte mil peones, ejército en que con los hombres de armas del marqués de Cádiz, del duque de Medina Sidonia, de los condes de Cabra y de Ureña, de D. Alonso de Aguilar y de otros valientes caudillos de la cruz, mezclábanse las aguerridas huestes del príncipe Cidi-Yahya y del Muley-Audalla, como vasallos de la corona de Castilla. Llevaba D. Fernando á su lado al príncipe D. Juan, á quien armaba caballero á vista de la alhambra, y despues de correr la vega y de tomar las torres y castillos fronterizos, duplicando su ejército durante el invierno, plantaba su tienda y su campamento ante los muros de Granada, con el firme propósito de no levantarlos hasta terminar la conquista. Reñido tam-

<sup>1</sup> Lafuente. Alcántara.

bien y obstinado fué el asedio, dando motivo á grandes hazañas, que immortalizaron populares cantos, y consignaron en sus obras varones ilustres. La reina Isabel siguiendo su costumbre, despues de asegurar la subsistencia del ejército, se dirige desde Alcalá de Benzaide al *real*, infundiendo nuevo aliento en los sitiadores. Las frágiles tiendas de las estancias conviértense á su voz en sólidos edificios, y en lugar de campamento, ven los asombrados musulmanes levantarse en frente de su ciudad querida, otra nueva, agrupada al rededor de la cruz de la iglesia, rodeada de fuertes muros, y que llevando por nombre el de la *Santa fe*, era el mas elocuente testimonio de la que abrigaba el corazon de los monarcas cristianos y de su decision inalterable.

La llegada de Isabel convirtió el campamento en un palenque de escenas caballerescas; todos querian, lo mismo moros que cristianos, distinguirse ante la gran reina: los jóvenes de la nobleza granadina llegaban, cubiertos de armaduras espléndidas, hasta las trincheras, arrojaban carteles de desafio que aceptaban gustosos los cristianos, y estos á su vez solo pensaban en realizar hazañas para aumentar su justo renombre de esforzados.

Un dia dijo la Reina que queria ver desde muy cerca á Granada, y como la insinuacion mas leve de Isabel era un riguroso mandato para sus caballeros, estuvieron puntuales para acompañarla el marqués de Cádiz, el de Villena, D. Alonso de Aguilar, los condes de Ureña, Cabra y Tendilla, y D. Alonso de Córdoba, señor de Montemayor y de Alcaudete. Cabalgó la Reina en compañía del rey, de sus hijos, de sus damas y del embajador francés, y asistida por todos aquellos señores se dirigió á la Zulia, risueño lugar sobre un recuesto á la izquierda de la ciudad. Como la seguridad de las regias personas requeria todo linage de precauciones, el marqués de Villena, el conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar, se colocaron con sus batallas en las faldas de una colina cercana á la aldea, y el marqués de Cádiz, los condes de Tendilla y Cabra y D. Alonso de Montemayor tendieron sus tropas delante de la misma poblacion <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Lafuente. Alcántara.  
TOMO II.